tiempos, el arquitecto habia dado un aspecto militar al recinto exterior de este pacífico asilo de las mujeres. Las paredes eran altas y fuertes á guisa de murallas ó parapetos, y varios torreones se elevaban en la fachada. Estos preparativos, un tanto cuanto extraños, hirieron las imaginaciones, y el anuncio de su progreso corria tan velozmente como una gran noticia. «Ved, se decia en el lenguaje místico de la época, ved la arca que se construye cerca de nosotros contra el diluvio de las pasiones y contra las tempestades del mundo.»

El dia en que todo estuvo listo, y que la reina entró en ese refugio, de donde conforme á sus votos solo deberia salir muerta, fué un dia de fiesta y de gozo popular. Las plazas y las calles por donde debia pasar, estaban inundadas de multitud de gente; las puertas, ventanas y azoteas estaban igualmente llenas de espectadores ansiosos de verla pasar, ó siquiera de ver cerrarse detrás de ella las puertas del monasterio. Recorrió á pié todo el camino, acompañada de multitud de doncellas que debian participar de su reclusion, atraidas cerca de ella por el renombre de sus virtudes cristianas, y acaso tambien por el brillo de su rango. La mayor parte eran de raza gaula, hijas de senadores y á propósito para llenar las piadosas intenciones de su directora, por el hábito que tenian de gozar de una paz y tranquilidad doméstica inalterables, en vez que las mujeres de raza franca conservaban aún en la austeridad del claustro, alguna cosa de los vicios originales de la barbárie. Su celo era ardiente, pero poco durable; incapaces de guardar ni regla ni medida, pasaban



bruscamente de una rigidez intratable, al mas completo olvido de todo deber y de toda subordinacion.

Fué el año de 550 cuando comenzó para Radegunda la vida de retiro y de paz que tan largo tiempo habia deseado. Segun sus ensueños y fantasías, esta vida era un término medio entre la austeridad del claustro y las costumbres voluptuosas y elegantes de la sociedad civilizada. El estudio de las letras figuraba en primer lugar entre las ocupaciones impuestas á la comunidad. Se debian consagrar á esto dos horas diarias, y el resto del tiempo se dedicaba á los ejercicios religiosos, á la lectura de los libros sagrados, y á trabajos propios del sexo femenino. Una de las hermanas leia en alta voz mientras trabajaba la comunidad, y las mas inteligentes, en vez de hilar, de coser ó de bordar, se ocupaban en otra sala en copiar los libros para multiplicar los ejemplares. Muy severa la regla en ciertos puntos, como por ejemplo, en la abstinencia de carne y de vino, permitia no solo algunas comodidades, sino hasta ciertos placeres de la vida: el uso frecuente de los baños en vastas piscinas de agua tibia, y las diversiones de toda especie, entre las que se contaba el juego de dados, eran permitidas. La fundadora y preladas del convento recibian en su compañía no solamente á los obispos y á los miembros del clero, sino aun á los laicos de alto nacimiento ó distinguida posicion social. Una suntuosa mesa se hallaba casi siempre puesta para obsequiar á los amigos y visitas; se les servian viandas delicadas, y algunas veces eran unos verdaderos banquetes, en los cuales presidia la reina Rade-

gunda por política, bien que nunca probaba un bocado. Esta necesidad de compañía y de sociabilidad, hacia que concurrieran al convento reuniones de otro género, y en ciertas épocas se representaban funciones dramáticas, en las cuales disfrazadas con brillantes trages, figuraban en primera línea algunas muchachas de la ciudad, y probablemente tambien algunas novicias del convento.

Tal fué el órden que estableció Radegunda en el monasterio de Poitiers, mezclando sus inclinaciones personales á la tradicion conservada despues de un medio siglo en el convento de Arles. Despues de haber trazado, por decirlo así, el camino que debia seguirse, sea por humildad cristiana, sea por un paso de alta política, abdicó toda autoridad oficial, é hizo que la comunidad eligiera otra abadesa, que, sea dicho de paso, no tardó, así como todas las hermanas, en someterse á la voluntad de la reina. Escogió para la dignidad de abadesa á una mujer llamada Inés, procedente de la raza gaula, y la cual mas jóven y sencilla, le era muy adicta desde la infancia. Descendida voluntariamente al simple rango de religiosa, Radegunda hacia su semana de cocina, aseaba la casa y acarreaba agua y leña como las demas; pero á pesar de esta aparente igualdad, era siempre la reina en el convento, por el prestigio de su nacimiento real, por su título de fundadora, y por el ascendiente que sobre las demas le daban su talento, su saber y su bondad. Era ella la que conservaba la regla ó la modificaba á su voluntad, la que por medio de diarias exhortaciones,



fortificaba á las almas débiles y vacilantes en el camino de la virtud, la que comentaba y explicaba á las novicias jóvenes el texto de las Santas Escrituras, mezclando graves *homilias* y saludables advertencias llenas de una gracia y una ternura verdaderamente femenina. «*Vosotras, hijas mias, sois mis escogidas y mis plantas tiernas, el objeto de todos mis cuidados, mis ojos, mi vida, mi reposo, mi única y verdadera dicha....*»

Hacia como quince años que se hallaba establecido el monasterio de Poitiers, y llamaba mucho la atencion del mundo cristiano, cuando Venatius Fortunatus, que andaba en su devota peregrinacion, lo visitó como una de las cosas mas notables que podria encontrar en sus viajes. Fué acogido con muestras de una esmerada atencion, y el afecto con que la reina acostumbraba recibir á los hombres de finura y de talento, le fué manifestado de una manera ostensible como al huésped mas amable y mas distinguido. Vióse colmado de finas atenciones, de obsequios y sobre todo de alabanzas. Esta admiracion, reproducida diariamente bajo todas las formas, y por decirlo así, destilada en los oidos del poeta por dos mujeres, la una mayor que él y la otra mas jóven, le causó un encanto inexplicable que lo detuvo mas tiempo del que creia. Las semanas y los meses trascurrieron sin sentirlo, y agotados los pretextos posibles, para disimular su demora, el viajero anunció definitivamente que iba á ponerse en camino. Entonces Radegunda le dijo: ¿Por qué quereis partir? Por qué no os resolveis á permanecer con nosotras? Esta súplica amistosa fué para Fortu-

CAPILLA ALFONSINA

natus una órden que fijó su destino; así no pensó en volver á pasar los Alpes, se estableció en Poitiers, tomó las sagradas órdenes, y se hizo definitivamente sacerdote de la Iglesia metropolitana.

Facilitadas por este cambio de estado sus relaciones con sus dos amigas que él llamaba con los nombres de madre y hermana, se hicieron mas delicadas y mas íntimas. A la necesidad que por lo comun tienen las mujeres de ser gobernadas por un hombre, se reunian para la fundadora y abadesa del convento de Poitiers, circunstancias imperiosas que exigian el auxilio de una voluntad y una firmeza varoniles. El monasterio tenia bienes considerables que era necesario no solo administrar, sino guardar con nímia y diaria vigilancia de las rapiñas sordas ó de las invasiones á mano armada. No se podia conseguir esto, sino por medio de decretos reales, de excomuniones fulminadas por los obispos y de perpetuas negociaciones con los duques, condes y magistrados poco interesados por el deber; pero que valian mucho cuando se interponia el interés ó las afecciones privadas. Semejante trabajo requeria astucia, actividad y frecuentes viajes á la corte de los reyes, y el talento necesario para lisonjear á los hombres poderosos y tratar con todo género de personas. Fortunatus empleó con tanto éxito como celo los conocimientos que tenia del mundo y los recursos de su talento, á tal grado, que llegó á ser el consejero, el agente, el embajador, el secretario y el mayordomo de la abadesa y de la reina. Su influencia absoluta en los negocios exteriores, no era menor



que la que ejercia en el órden interior y en la policía de la casa: era el árbitro en las pequeñas disputas, el regulador de las pasiones rivales y de los mezquinos odios femeniles. La severidad de la regla se moderaba por su influencia; las licencias, las gracias, las comidas excepcionales, y las diversiones se concedian por su influjo ó cuando él lo pedia. Tenia á su cargo hasta cierto punto la direccion de las conciencias y sus advertencias y consejos, que algunas veces redactaba en verso, se inclinaban siempre al lado menos rígido.

Por lo demas, Fortunato reunia á la flexibilidad de su talento una mezcla rara de costumbres: cristiano sobre todo, por la imaginacion, como se ha dicho que son los italianos, sus máximas eran irreprochables; mas en la práctica de su vida, sus costumbres eran voluptuosas y sensuales. Se entregaba sin medida á los placeres de la mesa, y no solamente era un alegre convidado, sino un regular bebedor é inspirado cantor en todos los festines con que lo obsequiaban sus ricos amigos, ya romanos, ya bárbaros; y no contento con eso, frecuentemente se regalaba él solo á usanza de la Roma imperial, con espléndidos banquetes, en los cuales se cubria la mesa varias veces de tan diferentes cuanto opíparos manjares. Hábiles como lo son todas las mujeres en conservar un amigo, halagando los flacos de su carácter, Radegunda é Inés rivalizaban por complacer la grosera inclinacion del poeta y adular tambien el otro defecto, aunque mas noble, de su vanidad literaria. Diariamente enviaban á la casa de Fortunato las primicias de la comida del convento, y no

satisfechas con esto, preparaban con toda delicadeza algunos manjares que agradaban al poeta y que á ellas les era prohibido gustar. Eran carnes sazonadas de mil maneras, legumbres con salsas de miel servidas en platos de plata, de jaspe ó de cristal, y aves exquisitas condimentadas sabrosamente. Otras veces lo convidaban á comer al monasterio, y entonces no solamente las viandas eran magníficas, sino que los adornos del comedor respiraban una coqueta sensualidad; guirnaldas de flores aromáticas tapizaban las paredes, y un lecho de hojillas de rosa cubria la mesa en vez de manteles. El vino se desbordaba de las curiosas copas que se presentaban al convidado, el cual lo saboreaba, porque ningun precepto ni voto se lo prohibia; en una palabra, habia una próxima semejanza, una sombra de los banquetes descritos por Horacio ó Tíbulo, en estos festines elegantes, preparados á un poeta cristiano por dos reclusas muertas para el mundo.

Los tres actores de esta extravagante escena, se dirigian con este motivo epítetos tiernos, cuyo sentido tal vez habria disgustado á un pagano. Los nombres de *hermana* y de madre en la boca del italiano, eran acompañados de expresiones significativas, tales como *mi vida, mi luz, delicia de mi alma,* etc.; mas todo esto en el fondo, no era mas que una amistad exaltada, pero casta, una especie de amor intelectual. Con respecto á la abadesa, que no tenia mas que treinta años, esta íntima amistad pareció sospechosa, y fué objeto de malignas interpretaciones. La reputacion de Fortunatus se menoscabó, y se vió obligado á defen-



derse protestando que no tenia por Inés mas sentimientos que los de un hermano, un amor puramente espiritual, una afeccion casta, celeste. Esto lo hizo en unos bellos versos, donde pone por testigos de la inocencia de su corazon á Jesucristo y la Santísima Vírgen.

Este hombre de humor alegre y ligero, que tenia por máxima gozar de lo presente y mirar todas las cosas del lado risueño, era en sus conversaciones con la hija de los reyes turingianos, el confidente de íntimos y secretos padecimientos, de melancólicas reminiscencias que lo contristaban en alto grado. Radegunda habia llegado ya á la edad en que los cabellos se emblanquecen, sin olvidar ninguna de las impresiones de los primeros dias de su infancia, y á los cincuenta años el recuerdo del tiempo pasado en su país y rodeada de sus parientes y amigos, se le presentaba tan fresco, tan vivo y tan doloroso como en el momento de su cautividad. Acontecia frecuentemente que se le escaparan algunas quejas amargas. Yo no soy mas que una criatura huérfana, decia; y luego encontraba la mayor complacencia en referir minuciosamente las escenas de desolacion, de asesinato y de violencia de que habia sido testigo y en parte víctima. Despues de tantos años de destierro, á pesar del cambio total de costumbres y de gustos, la memoria del hogar paterno y las antiguas afecciones de familia, era para ella un objeto de culto y de veneracion, el único resto, por decirlo así de una vez, del carácter y de las costumbres germánicas. La imágen de sus parientes muertos ó desterrados no cesaba de presentársele delante, á despe-



CAPILLA ALFONSINA

cho de las nuevas obligaciones que habia contraido y del sistema de paz y de quietud á que se le habia reducido. Habia alguna cosa de atrevido, un ardor casi salvaje en los raptos de esta alma, cuando recordaba á los últimos restos de su raza y pensaba en su tio refugiado en Constantinopla y á sus primos nacidos en el destierro y rodeados de la desgracia. Esta mujer, que en la tierra extranjera no habia podido amar nada mas que lo que tenia cierto sello de civilizacion y cristianismo, coloraba sus recuerdos patrios con un tinte de poesía montaraz é inculta, que se semejaba á los cantos nacionales que habia escuchado otro tiempo en los palacios de madera de sus antecesores, ó en las florestas de su país.... Se halla una muestra aunque debilitada en algunas piezas en verso, donde el poeta italiano hablando en nombre de la reina, ha tratado de consignar íntegras estas dolorosas conversaciones.

*He visto mujeres conducidas á la esclavitud con las manos atadas y los cabellos en desórden. La una caminaba con los piés desnudos por encima de la sangre de su esposo, la otra pasaba sobre el cadáver de su hermano.*

*Cada uno ha tenido por qué llorar; pero yo he derramado lágrimas por todos.*

*He llorado por mis parientes muertos, y tengo tambien que llorar por los que han quedado vivos.*

*Cuando mis lágrimas cesen de correr y mis suspiros se extingan, aún quedarán vivos mis pesares dentro del corazon.*

*Cuando el viento murmura, me parece que debe traer-*



*me algunas noticias. En vano; ninguno de mis parientes se presenta delante de mí.*

*Un mundo entero me separa de los que amo. ¿En dónde están? Yo lo pregunto al viento que sopla y á las nubes que pasan, y desearia que alguna ave me diese noticias de ellos.*

*¡Ah! si no estuviera detenida por la sagrada clausura del monasterio, me verian llegar adonde están el dia que menos lo aguardaran. Me embarcaria á pesar del mal tiempo, bogaria con regocijo en medio de la tormenta. Los marineros temblarian, y yo no tendria miedo. Si el navío se hacia pedazos, me asiria de una tabla y continuaria mi camino, y si no podia apoderarme de ningun resto del buque, iria nadando hasta donde están ellos.*

Tal era la vida que tenia Fortunatus desde el año de 1567, vida mezclada de religion sin tristeza, y de afecciones sin inquietud, y alternada entre sérias y graves ocupaciones, y recreos agradables y fútiles. Este último y curioso ejemplo de alianza entre la perfeccion cristiana y los refinamientos sociales de la vieja civilizacion, habrian pasado sin dejar huella, si el amigo de Inés y de Radegunda, no hubiese marcado en sus obras poéticas los mas minuciosos pormenores de la vida feliz que por instinto habia elegido. Allí se encuentra inscrita dia por dia la historia de esta sociedad de tres personas ligadas íntimamente por una viva amistad, por el gusto de las cosas elegantes, y por la necesidad de cultivar por la conversacion el talento. Hay versos para todos los pequeños sucesos de que

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIV.

se componia esta vida dulce y monótona, sobre las penas de la separacion, el fastidio de la ausencia, el gozo de la vuelta; sobre los regalos dados ó recibidos, sobre las flores, las frutas y toda suerte de chucherías; sobre las cestillas de junco que el poeta tejia con sus propias manos para ofrecérselas á sus dos amigas. En fin, se encuentran versos dedicados á los dias felices ó tristes, que forzosamente traia cada año, tales como el dia de su santo de Inés, y el primer dia de cuaresma en que Radegunda obedeciendo á un voto, se encerraba en su celda á pasar el tiempo del ayuno mayor. ¿Dónde se oculta mi luz? ¿Por qué no la miran mis ojos? exclamaba entonces el poeta, con un acento apasionado, que hubiera podido creerse profano. Cuando llegaba la Pascua y con ella el fin de la ausencia de Radegunda, mezclando á la ternura del madrigal los graves pensamientos de la fe cristiana, decia á Radegunda: «Te habias llevado mi alegría, y ella vuelve contigo; así celebro doblemente este dia solemne.»

A la dicha de una tranquilidad única en este siglo, reunia el emigrado italiano una gloria que podria muy bien prestarle ilusion sobre la inmortalidad de una literatura moribunda, de la cual fué el mas frívolo representante. Los bárbaros le admiraban hasta el punto que los mas insignificantes opúsculos, las cartas escritas con precipitacion, los simples dísticos improvisados pasaban de mano en mano, y eran leidos, copiados y aprendidos de memoria; sus poemas religiosos y sus versos dirigidos á los reyes eran un objeto de atencion pública. A su llegada á Gaula habia celebrado



en estilo pagano las nupcias de Sigiberto y de Brunchilda, y en estilo cristiano, la conversion de Brunchilda á la fe católica. El carácter guerrero de Sigiberto, vencedor de las naciones del otro lado del Rhin, fué el primer tema de sus adulaciones poéticas; mas tarde establecida en Poitiers la corte de Hariberto, hizo el honor á este príncipe, nada guerrero, de trazarle un elogio del rey pacífico. Muerto Hariberto el año de 1567, la situacion precaria de la ciudad de Poitiers, tomada, abandonada y vuelta á tomar á cada paso por los reyes de Neustria y Austrasia, hizo guardar largo tiempo al poeta un prudente silencio, y su lengua no se desató hasta el dia en que la ciudad que habitaba le pareció definitivamente entregada al poder de Chilperico.

Radegunda murió muy anciana y sin haber desmentido nunca su carácter, lleno de piedad y de uncion. Esto, reunido á las virtudes que practicó, ocasionaron el que despues de su muerte se le venerara como una santa.

Fortunatus escribió la vida de la reina Radegunda, así como Gregorio, obispo de Tours, que precisamente vivia en ese tiempo, y fué conducido á Poitiers ante un tribunal por falsas calumnias de los enemigos de la Iglesia católica.

---